

VERANO 12

VENECIA

(Por Rudy) "Qué pfgofundga emocióióóóón, recogdag el ayeg, cuandgo todo en Venecia me hablaba de amoogggggg..." Tobías recordaba su infancia, cuando Charles Aznavour lo hacía dormir desde su tocadiscos con ese canto, y así fue que entró a Venecia muy ilusionado de encontrarlo.

De pronto, un veneciano.

–Disculpe ¿pog acá pasa el 60? –preguntó Tobías, creyendo que todos los venecianos hablaban como Aznavour.

–Cosa dice? Non capisco niente –le respondió el lugareño.

–¿¡Cómo?! –Tobías recuperó su acento original–, me va a decir que usted no conoce el glugluglu... –siguió sin darse cuenta de que había llegado a la esquina y se hundía en las acuosas profundidades de la... llamémosle calle de Venecia.

–Mi dispiace, ma non capisco –insistía el hombre.

Tobías salió a flote e intentó continuar la conversación.

–¿Podría decirme dónde queda la Torre de Pisa?

–En Pisa.

–¿Y el Coliseo?

–En Roma.

–¡¡Son complicados ustedes los tanos!! Nosotros en Argentina tenemos todo donde tiene que estar... Buenos Aires está en Buenos Aires, Mar del Plata en Mar del Plata, y así...

–¿Aryentina? Borges, Cortázar, Arlt.

–No, Maradona.

–Ah, il vostro presidente.

–No, ése es Menem, y el ministro de Economía es Cavallo.

–¿Cavallo? Qui noi abbiamo un imperatore, Caligula, que ha posto al suo Cavallo de ministro. Incitatus, se chiamaba.

–¿Y dónde está eso ahora?

–Non lo abbiamo più.

–Ah, no lo reeligieron.

–No.

–Bueno, escuche, ¿dónde está el Monumento a Otello, el Museo de los pañuelitos de Desdémona, el negocio del mercader de Venecia, la guitarra de Teller, algo que recuerde a los grandes personajes que tuvieron que ver con esta ciudad?

–Venecia e così, tutta coll' aqua.

–¿Y ahora yo qué hago? Justo que el médico me recomendó el footing para bajar el colesterol, y pensaba aprovechar el viaje.

–Quí non è possibile.

–Y bueh, ya lo dijo Shakespeare: Ver Venecia, e doppo morire.

–Questa è Napoli.

–Sí, Maradona.

El emperador del aire

Por Ethan Canin

Es –junto a Michael Chabon y Walter Kirn– uno de los jóvenes escritores norteamericanos más preocupados por la continuación de los aspectos más loables y clásicos de la literatura de su país. Médico de profesión y autor de tres libros –una novela, un volumen de perfectas nouvelles y el debut de una magistral colección de relatos con el nombre del que aquí se publica–, Canin desciende directamente de ese linaje de grandes narradores, como Fitzgerald o Cheever, siempre preocupados por buscar y descubrir para el lector ese brillo felizmente enceguecedor de una epifanía brillando en los cielos de lo cotidiano.

Permitan que me presente: tengo sesenta y nueve años, vivo en la misma casa en que crecí y he sido profesor de biología y de astronomía en la escuela secundaria de esta ciudad durante tanto tiempo que he llegado a dar clase al nieto de uno de mis primeros alumnos. Llevo el reloj de pulsera de mi padre, el cual me indica que son más de las cuatro y media de la mañana y, aunque he llegado a pensar de otro modo, ahora creo que la esperanza constituye la esencia de los hombres buenos.

Mi mujer, Vera, y yo no tenemos hijos. Eso nos ha permitido hacer muchas cosas a lo largo de nuestra vida: subir a la Gran Muralla China, visitar la pirámide de Keops o ver el sol de medianoche en Laponia. Vera, que tiene casi mi edad, está en los Apalaches. Lleva dos semanas fuera y tiene previsto volver dentro de una semana. Viaja con un grupo de hombres y mujeres, a algunos de los cuales les dobla la edad, que piensan recorrer a pie el camino que atraviesa tres estados. Por lo que parece, la edad ha dejado sola a mi esposa. Patina sobre hielo, va de excursión y, probablemente, nadará desnuda en los lagos de montaña. Sin embargo, hace todas esas cosas sin mí, pues ahora mi vida se ha hecho más lenta. El pasado otoño, mientras empujaba la máquina cortacésped por el jardín, sentí una presión en el pecho y un estallido de dolor en el hombro: pasé una semana en una habitación semiprivada, en un hospital. Un ataque de corazón, infarto de miocardio. Nunca más correré para coger un tren y, en el bolsillo de la camisa llevo un frasco pequeño de pastillas de nitroglicerina. En las lentas colas del supermercado o en los embotellamientos del tráfico me digo que no vale la pena morir por culpa de la impaciencia y, la semana pasada, mientras estaba tras la ventana contemplando al señor Pike, mi vecino, cruzar el jardín hacia la puerta de nuestra casa con una motosierra en la mano, me dije que no era más que un desgraciado sin esperanza.

Hacía un par de días que había encontrado insectos en mi olmo: la tenue hilera roja salía del suelo, subía por el largo tronco y se desvanecía en las ramas más bajas. Saqué una lupa para examinarlos, para ver sus brillantes cuerpos, sus tórax alargados como gotas de líquido rojo, sus patas diminutas, nudosas y articuladas, trepando por la agrietada corteza. La mañana que los encontré, el señor Pike se acercó desde su casa y se detuvo en el porche.

–En su olmo hay bichos –dijo.

–Ya lo sé –contesté–. Pase.

–Es una pena, pero se lo diré sin rodeos: hay más árboles en esta manzana. Debo pensar en mis tres olmos.

El señor Pike es contratista, un hombre robusto y desagradable con el que he hablado en raras ocasiones. Aunque le he visto en los acontecimientos deportivos de la escuela (...) Tiene un hijo, Kurt, en cuyos belicosos gritos se adivina ya la tosquedad del padre. El señor Pike posee, total o parcialmente, una compañía constructora que erigió una hilera de bajas casas prefabricadas a las afueras de la ciudad, en un lugar que, en mi juventud, fue arrasado por el fuego. En una ocasión, un fontanero que estaba trabajando en las tuberías del sótano de nuestra casa me dijo que el señor Pike era un mal constructor, que se trataba de un hombre que concedía más importancia al dinero que a la calidad. El fontanero, un hombre de mi edad que guarda las herramientas en una caja de madera, declaró meneando la cabeza que el señor Pike había puesto cañerías de plástico en las casas que había construido.

–Durarán diez años –me dijo–. Las juntas cederán y las paredes y los techos se llenarán de agua.

Yo mismo tuve poco que ver con el señor Pike hasta que me dijo que quería que talara mi olmo para proteger a los tres arbolillos de su jardín. Nuestras casas están separadas por un alto seto de rododendros y de hiedra, de modo que, a diferencia de muchos vecinos, ignoramos nuestras vidas privadas. Cuando hablábamos en la calle, conversábamos únicamente sobre algún partido de fútbol o acerca de la incesante lluvia, y yo no había estado en su finca desde poco después de que se mudara, cuando me acerqué para presentarme y me enseñó el lugar donde, bajo el ondulado césped situado en la parte posterior de la casa, planeaba construir un refugio antinuclear.

La semana pasada apareció en mi porche con la motosierra en las manos.

–Tengo tres olmos jóvenes –dijo–. No puedo dejar que se infesten de bichos.

–Mi árbol tiene más de doscientos años.

–Es una pena –dijo, mostrándome la sierra–. Pero no me andaré con rodeos. Sólo quería decirle que puedo cortarlo.

Dormí mal durante toda la semana. Leí a Dickens en la cama, tomé leche caliente, pero no sirvió de nada. El olmo estaba muriéndose. Vera se había ido y yo permanecía en la cama pensando en los insectos, en las minúsculas mandíbulas que se llevaban el duramen. Estábamos a finales del verano, las noches eran todavía cálidas y a veces salía con ropa de dormir y miraba hacia el cielo. Como he dicho, doy clases de astronomía y, aunque a veces intento ver las estrellas como gotas de leche o como perlas, ante mis ojos siempre aparecen dispuestas de acuerdo con las cartas astronómicas. Permanecí junto al olmo y alcé la mirada hacia la Osa Menor y Lira, Cisne y la Corona Boreal. Volví a entrar, leí, pelé una naranja. Me senté ante la ventana y pensé en los insectos, y en que en todas las mañanas a las cinco, un chico que había asistido a mis clases de astronomía pasaba en bicicleta, silbando el himno nacional, y lanzaba el periódico al porche.

A veces los oía mascar el corazón de mi espléndido olmo.

Al día siguiente de descubrir los insectos, llamé a un hombre del vivero de árboles. Me describió sus cuerpos, como gotitas rojas, sus patas nudosas y me dijo a qué género y a qué especie pertenecían.

–¿Matarán el árbol?

–Podría ser.

–Podemos envenenarlos, ¿no? –Probablemente, no –contestó.

Me dijo que cuando aparecen sobre la corteza, han invadido ya el árbol de modo demasiado profundo para que actúe el pesticida.

–Para matarlos –dijo–, acabaríamos matando el árbol.

–¿Eso quiere decir que debemos darlo por muerto?

–No –respondió–, depende de la colonia de insectos. Algunas veces, aunque invadan el árbol no lo matan, ni siquiera lo debilitan. Se comen la madera, pero lo hacen tan despacio que el árbol puede regenerarla.

Cuando el señor Pike apareció al día siguiente, se lo dijo.

–Me está pidiendo que mate un árbol de doscientos cincuenta años que podría vivir mucho más.

–El árbol mide unos veinticuatro metros de altura –dijo.

–¿Y bien?

–Está a unos dieciséis metros de mi casa.

–Señor Pike, es más viejo que la Liberty Bell.

–No quisiera ser desagradable –dijo–, pero una tormenta podría echar ocho metros de ese árbol sobre el muro de mi casa.

–¿Cuánto tiempo hace que vive en esa casa?

Me miró y se hurgó los dientes con un palillo.

–Ya lo sabe.

–Cuatro años –contesté–. Yo vivía aquí cuando en Rusia mandaba un zar. Un olmo crece unos seis milímetros al año, cuando crece. Este árbol tiene un metro veinte de grosor y aún no ha rozado la pintura de su casa ni de la mía.

–Está enfermo –dijo–. Es un árbol enfermo. Podría caerse.

–Podría –contesté–. Podría caerse.

–Es muy posible que se caiga.

Nos miramos el uno al otro unos instantes. Luego él apartó los ojos y con la mano derecha ajustó algo en su reloj. Le miré la muñeca. El reloj tenía una brillante correa metálica y en la esfera parpadeaban las horas, los minutos y los segundos.

Al día siguiente volvió a aparecer en mi porche.

–Podemos plantar otro –dijo.

–¿Qué?

–Podemos plantar otro árbol. Después de cortar el olmo, podemos plantar otro.

–¿Tiene idea de cuánto tarda en crecer un árbol como ése?

–Es posible comprar árboles grandes. Los traen en un camión y los replantan.

–Incluso un árbol un poco grande tardaría un siglo en alcanzar el tamaño de este olmo. Un siglo.

Me miró. Luego se encogió de hombros, dio media vuelta y bajó las escaleras. Me senté en el umbral. Un siglo. ¿Qué quedaría de la tierra dentro de un siglo? No creía ser un hombre sentimental y no lloro en el cine ni en el teatro, pero ciertas situaciones siempre me han conmovido de modo extraño y la mención de un siglo es una de ellas. Ha habido otras. Aunque desconozco el motivo siempre me ha llenado de cierta nostalgia permanecer junto al camino en una tarde de otoño mientras las parejas y las familias convergen, desde los senderos que se abren en abanico, en la sala de conciertos. He hablado en clase sobre la vida de la sencilla hidra que, por una razón que nunca he entendido, es arrastrada hacia la brillante superficie del agua, y el espectáculo de un millar de seres humanos acomodándose en una sola habitación para oír los cuartetos de Beethoven me conmueve tanto como el nacimiento o la muerte. Siento lo mismo cuando veo pasar un automóvil sobre un puente levadizo del Mississippi, padre de los ríos. Esos momentos me abruman y, ese día, mientras estaba sentado en el porche y el señor Pike se retiraba por el sendero, se detenía en el olmo y regresaba después a su casa, sentí que mi vida se mostraba ante mis ojos. Cuando hubo vuelto a su casa, me acerqué al olmo y estudié los insectos, que surgían de un punto concreto de la hierba y desaparecían de mi vista en lo alto, en las ramas inferiores. La hilera era densa y continua. Entré, encontré el periódico del día anterior, lo enrollé y salí. Golpeé con él el tronco hasta que la hilera fue un caos. Golpeé hasta que el periódico estuvo húmedo y roto: aplasté con las uñas los insectos extraviados por las estrechas grietas de la corteza. Pisoteé el césped en el lugar donde salían y hundí la punta del zapato en las galerías subterráneas. Cuando mi respiración se hizo dificultosa, me detuve y me senté en el suelo. Cerré los ojos hasta que los latidos de mi cuello se calmaron y permanecí sentado, levemente triunfante, al fin dueño de la situación. Pasado un momento, levanté la vista en dirección al árbol y vi la hilera perfectamente reconstruida.

Esa tarde preparé un fuerte insecticida, lo saqué de la casa y embadurné toda la base del árbol. El señor Pike salió a las escaleras de su casa a mirar. Descendió, se detuvo en la acera, a mis espaldas, y rió entre dientes.

–Ningún veneno servirá –murmuró.

Pero esa noche, cuando salí, los insectos se habían marchado. El tronco estaba desnudo. Deslicé el dedo alrededor del árbol. Llamé al timbre del señor Pike, salimos y nos detuvimos junto al árbol. Buscó entre las grietas de la corteza y rascó un poco la tierra en la base.

–Maldición –dijo.

Cuando era niño y vivía en esta ciudad, los veranos eran cálidos y los bosques situados al norte y al este se secaban con frecuencia hasta tal punto que la maleza, incapaz de competir con los árboles de hoja caduca en la búsqueda del agua subterránea, se volvía de un quebradizo color castaño. El monte bajo se tornaba tan frágil como la paja y, el verano en el que tenía dieciséis años, el bosque ardió. Un manto de llamas corrió día y noche, bramando con la intensidad de una flota de aviones de hélice. Familias enteras se reunían en la calle, se elaboraban planes de evacuación y se trazaban rutas urbanas bajo el cielo nocturno, el cual, a pesar de los quince kilómetros que nos separaban del fuego, brillaba con luz anaranjada. Mi padre tenía un equipo de radio con el que se comunicaba con las líneas de radio que estaban junto al fuego. Pasaba las noches en vela y prometió que despertaría a los vecinos si cambiaba el viento o, por cualquier otro motivo, el fuego avanzaba hacia la ciudad. Esa noche el viento se mantuvo constante y, por la mañana, habían abierto un cortafuegos tan ancho como una calle. Mi padre me llevó a verlo al día siguiente: era una franja de tierra despejada, tan desnuda como si la hubieran trazado con una maquinilla de afeitar. Habían talado los árboles y habían cortado y retirado los manojos. Nos detuvimos en el extremo de la franja despejada, de espaldas a la ciudad, y contemplamos el fuego. Luego subimos al Plymouth de mi padre y nos acercamos tanto como nos dejaron. Un bombero que estaba cerca de las llamas se había asfixiado, dijo alguien, cuando el cono de fuego giró bruscamente y aspiró todo el oxígeno del aire. Mi padre me explicó que las llamas respiraban oxígeno, como los hombres. Bajamos del coche. El calor nos rizó el vello de los brazos y blanqueó el extremo de nuestras pestañas.

Mi padre era farmacéutico y me había llevado hasta el fuego por pura curiosidad. Le interesaba todo lo científico. Tenía tablas de las mareas y coleccionaba pequeñas cosas de la naturaleza –mariposas diurnas y nocturnas, semillas, flores silvestres– que guardaba en unas cajas con tapa de cristal que apoyaba contra la pared de piedra del sótano. Un verano me mostró las constelaciones del hemisferio norte. Salíamos por la noche y, a medida que avanzaba el verano, me enseñaba a localizar Perseo, el Boyero y Andrómeda; me explicaba que algunas de las estrellas más brillantes iluminan Lira y el Aguila y que las constelaciones avanzan con las estaciones. La Polar permanece fija y por ello es el punto de referencia para la navegación marítima. Me hizo comprender el cielonocturno y ahora me doy cuenta de que es un conocimiento poco frecuente. Más tarde, cuando di clases de astronomía, mis alumnos pocas veces se interesaban por el silicio o el hierro que pudiera contener el sol pero, cuando hablaba de Cefeo o del Lagarto, permanecían en silencio y prestaban atención a mis palabras. Actualmente, cuando voy a una fiesta, siempre encuentro algún marido dedicado a beber que salga conmigo y tome sorbos de cognac mientras le indico las estrellas y sus nombres.

Ese día, mientras permanecía de pie contemplando el fuego, pensé que las llamas eran tan ruidosas y poderosas como el mar y esa misma noche, cuando estuvimos en casa, salí al jardín y trepé al olmo para ver arder el bosque. Tenía prohibido subir al olmo porque, incluso en aquella época, las ramas inferiores quedaban muy lejos de mi alcance y porque mi padre creía que aquel que tuviera la fortuna de alcanzar las ramas bajas caería sin duda al descender. Sin embargo, yo sabía trepar al árbol. Lo había hecho anteriormente, cuando mis padres estaban afuera. Nunca había llegado a las primeras ramas, pero había aprendido dónde estaban los nudos y asideros a los que, con fuerza y sentido del equilibrio, podía encaramarme con un simple salto. Sin embargo, el salto me asustaba y no había intentado darlo nunca. Para alcanzar las ramas, era necesario hacer acopio de fuerzas y saltar hacia arriba, impulsado únicamente por el apoyo de los pies y manos en las pequeñas grietas de la corteza. Era muy arriesgado. Me costaba tanto imaginarme dando ese salto como verme tirándome de cabeza al mar desde un acantilado. Era un joven aventurero, así como más tarde fui un hombre aventurero, pero todas mis aventuras implicaban un cierto margen de

El emperador del aire

Por Ethan Canin



Es –junto a Michael Chabon y Walter Kirn– uno de los jóvenes escritores norteamericanos más preocupados por la continuación de los aspectos más loables y clásicos de la literatura de su país. Médico de profesión y autor de tres libros –una novela, un volumen de perfectas nouvelles y el debut de una magistral colección de relatos con el nombre del que aquí se publica–, Canin desciende directamente de ese linaje de grandes narradores, como Fitzgerald o Cheever, siempre preocupados por buscar y descubrir para el lector ese brillo felizmente enceguecedor de una epifanía brillando en los cielos de lo cotidiano.

Permitan que me presente: tengo sesenta y nueve años, vivo en la misma casa en que crecí y he sido profesor de biología y de astronomía en la escuela secundaria de esta ciudad durante tanto tiempo que he llegado a dar clase al nieto de uno de mis primeros alumnos. Llevo el reloj de pulsera de mi padre, el cual me indica que son más de las cuatro y media de la mañana y, aunque he llegado a pensar de otro modo, ahora creo que la esperanza constituye la esencia de los hombres buenos.

Mi mujer, Vera, y yo no tenemos hijos. Eso nos ha permitido hacer muchas cosas a lo largo de nuestra vida: subir a la Gran Muralla China, visitar la pirámide de Keops o ver el sol de medianoche en Laponia. Vera, que tiene casi mi edad, está en los Apalaches. Lleva dos semanas fuera y tiene previsto volver dentro de una semana. Viaja con un grupo de hombres y mujeres, a algunos de los cuales les dobla la edad, que piensan recorrer a pie el camino que atraviesa tres estados. Por lo que parece, la edad ha dejado sola a mi esposa. Patina sobre hielo, va de excursión y, probablemente, nadará desnuda en los lagos de montaña. Sin embargo, hace todas esas cosas sin mí, pues ahora mi vida se ha hecho más lenta. El pasado otoño, mientras empujaba la máquina cortacésped por el jardín, sentí una presión en el pecho y un estallido de dolor en el hombro: pasé una semana en una habitación semiprivada, en un hospital. Un ataque de corazón, infarto de miocardio. Nunca más correré para coger un tren y, en el bolsillo de la camisa llevo un frasco pequeño de pastillas de nitroglicerina. En las lentas colas del supermercado o en los embotellamientos del tráfico me digo que no vale la pena morir por culpa de la impaciencia y, la semana pasada, mientras estaba tras la ventana contemplando al señor Pike, mi vecino, cruzar el jardín hacia la puerta de nuestra casa con una motosierra en la mano, me dije que no era más que un desgraciado sin esperanza.

Hacía un par de días que había encontrado insectos en mi olmo: la tenue hilera roja salía del suelo, subía por el largo tronco y se desvanecía en las ramas más bajas. Saqué una lupa para examinarlos, para ver sus brillantes cuerpos, sus tórax alargados como gotas de líquido rojo, sus patas diminutas, nudosas y articuladas, trepando por la agrietada corteza. La mañana que los encontré, el señor Pike se acercó desde su casa y se detuvo en el porche.

–En su olmo hay bichos –dijo.

–Ya lo sé –contesté–. Pase.

–Es una pena, pero se lo diré sin rodeos: hay más árboles en esta manzana. Debo pensar en mis tres olmos.

El señor Pike es contratista, un hombre robusto y desagradable con el que he hablado en raras ocasiones. Aunque le he visto en los acontecimientos deportivos de la escuela (...) Tiene un hijo, Kurt, en cuyos belicosos gritos se adivina ya la tosquedad del padre. El señor Pike posee, total o parcialmente, una compañía constructora que erigió una hilera de bajas casas prefabricadas a las afueras de la ciudad, en un lugar que, en mi juventud, fue arrasado por el fuego. En una ocasión, un fontanero que estaba trabajando en las tuberías del sótano de nuestra casa me dijo que el señor Pike era un mal constructor, que se trataba de un hombre que concedía más importancia al dinero que a la calidad. El fontanero, un hombre de mi edad que guarda las herramientas en una caja de madera, declaró meneando la cabeza que el señor Pike había puesto cañerías de plástico en las casas que había construido.

–Durarán diez años –me dijo–. Las juntas cederán y las paredes y los techos se llenarán de agua.

Yo mismo tuve poco que ver con el señor Pike hasta que me dijo que quería que talara mi olmo para proteger a los tres arbolillos de su jardín. Nuestras casas están separadas por un alto seto de rododendros y de hiedra, de modo que, a diferencia de muchos vecinos, ignoramos nuestras vidas privadas. Cuando hablábamos en la calle, conversábamos únicamente sobre algún partido de fútbol o acerca de la incesante lluvia, y yo no había estado en su finca desde poco después de que se mudara, cuando me acerqué para presentarme y me enseñó el lugar donde, bajo el ondulado césped situado en la parte posterior de la casa, planeaba construir un refugio antinuclear.

La semana pasada apareció en mi porche con la motosierra en las manos.

–Tengo tres olmos jóvenes –dijo–. No puedo dejar que se infesten de bichos.

–Mi árbol tiene más de doscientos años.

–Es una pena –dijo, mostrándome la sierra–. Pero no me andaré con rodeos. Sólo quería decirle que puedo cortarlo.

Dormí mal durante toda la semana. Leí a Dickens en la cama, tomé leche caliente, pero no sirvió de nada. El olmo estaba muriéndose. Vera se había ido y yo permanecía en la cama pensando en los insectos, en las minúsculas mandíbulas que se llevaban el duramen. Estábamos a finales del verano, las noches eran todavía cálidas y a veces salía con ropa de dormir y miraba hacia el cielo. Como he dicho, doy clases de astronomía y, aunque a veces intento ver las estrellas como gotas de leche o como perlas, ante mis ojos siempre aparecen dispuestas de acuerdo con las cartas astronómicas. Permanecí junto al olmo y alcé la mirada hacia la Osa Menor y Lira, Cisne y la Corona Boreal. Volví a entrar, leí, pelé una naranja. Me senté ante la ventana y pensé en los insectos, y en que en todas las mañanas a las cinco, un chico que había asistido a mis clases de astronomía pasaba en bicicleta, silbando el himno nacional, y lanzaba el periódico al porche.

A veces los oía mascar el corazón de mi espléndido olmo.

Al día siguiente de descubrir los insectos, llamé a un hombre del vivero de árboles. Me describió sus cuerpos, como gotitas rojas, sus patas nudosas y me dijo a qué género y a qué especie pertenecían.

–¿Matarán el árbol?

–Podría ser.

–Podemos envenenarlos, ¿no? –Probablemente, no –contestó.

Me dijo que cuando aparecen sobre la corteza, han invadido ya el árbol de modo demasiado profundo para que actúe el pesticida.

–Para matarlos –dijo–, acabaríamos matando el árbol.

–¿Eso quiere decir que debemos darlo por muerto?

–No –respondió–, depende de la colonia de insectos. Algunas veces, aunque invadan el árbol no lo matan, ni siquiera lo debilitan. Se comen la madera, pero lo hacen tan despacio que el árbol puede regenerarla.

Cuando el señor Pike apareció al día siguiente, se lo dijo.

–Me está pidiendo que mate un árbol de doscientos cincuenta años que podría vivir mucho más.

–El árbol mide unos veinticuatro metros de altura –dijo.

–¿Y bien?

–Está a unos dieciséis metros de mi casa.

–Señor Pike, es más viejo que la Liberty Bell.

–No quisiera ser desagradable –dijo–, pero una tormenta podría echar ocho metros de ese árbol sobre el muro de mi casa.

–¿Cuánto tiempo hace que vive en esa casa?

Me miró y se hurgó los dientes con un palillo.

–Ya lo sabe.

–Cuatro años –contesté–. Yo vivía aquí cuando en Rusia mandaba un zar. Un olmo crece unos seis milímetros al año, cuando crece. Este árbol tiene un metro veinte de grosor y aún no ha rozado la pintura de su casa ni de la mía.

–Está enfermo –dijo–. Es un árbol enfermo. Podría caerse.

–Podría –contesté–. Podría caerse.

–Es muy posible que se caiga.

Nos miramos el uno al otro unos instantes. Luego él apartó los ojos y con la mano derecha ajustó algo en su reloj. Le miré la muñeca. El reloj tenía una brillante correa metálica y en la esfera parpadeaban las horas, los minutos y los segundos.

Al día siguiente volvió a aparecer en mi porche.

–Podemos plantar otro –dijo.

–¿Qué?

–Podemos plantar otro árbol. Después de cortar el olmo, podemos plantar otro.

–¿Tiene idea de cuánto tarda en crecer un árbol como ése?

–Es posible comprar árboles grandes. Los traen en un camión y los replantan.

–Incluso un árbol un poco grande tardaría un siglo en alcanzar el tamaño de este olmo. Un siglo.

Me miró. Luego se encogió de hombros, dio media vuelta y bajó las escaleras. Me senté en el umbral. Un siglo. ¿Qué quedaría de la tierra dentro de un siglo? No creía ser un hombre sentimental y no lloro en el cine ni en el teatro, pero ciertas situaciones siempre me han conmovido de modo extraño y la mención de un siglo es una de ellas. Ha habido otras. Aunque desconozco el motivo siempre me ha llenado de cierta nostalgia permanecer junto al camino en una tarde de otoño mientras las parejas y las familias convergen, desde los senderos que se abren en abanico, en la sala de conciertos. He hablado en clase sobre la vida de la sencilla hidra que, por una razón que nunca he entendido, es arrastrada hacia la brillante superficie del agua, y el espectáculo de un millar de seres humanos acomodándose en una sola habitación para oír los cuartetos de Beethoven me conmueve tanto como el nacimiento o la muerte. Siento lo mismo cuando veo pasar un automóvil sobre un puente levadizo del Mississippi, padre de los ríos. Esos momentos me abruman y, ese día, mientras estaba sentado en el porche y el señor Pike se retiraba por el sendero, se detenía en el olmo y regresaba después a su casa, sentí que mi vida se mostraba ante mis ojos. Cuando hubo vuelto a su casa, me acerqué al olmo y estudié los insectos, que surgían de un punto concreto de la hierba y desaparecían de mi vista en lo alto, en las ramas inferiores. La hilera era densa y continua. Entré, encontré el periódico del día anterior, lo enrollé y salí. Golpeé con él el tronco hasta que la hilera fue un caos. Golpeé hasta que el periódico estuvo húmedo y roto: aplasté con las uñas los insectos extraviados por las estrechas grietas de la corteza. Pisoteé el césped en el lugar donde salían y hundí la punta del zapato en las galerías subterráneas. Cuando mi respiración se hizo dificultosa, me detuve y me senté en el suelo. Cerré los ojos hasta que los latidos de mi cuello se calmaron y permanecí sentado, levemente triunfante, al fin dueño de la situación. Pasado un momento, levanté la vista en dirección al árbol y vi la hilera perfectamente reconstruida.

Esa tarde preparé un fuerte insecticida, lo saqué de la casa y embadurné toda la base del árbol. El señor Pike salió a las escaleras de su casa a mirar. Descendió, se detuvo en la acera, a mis espaldas, y rió entre dientes.

–Ningún veneno servirá –murmuró.

Pero esa noche, cuando salí, los insectos se habían marchado. El tronco estaba desnudo. Deslicé el dedo alrededor del árbol. Llamé al timbre del señor Pike, salimos y nos detuvimos junto al árbol. Buscó entre las grietas de la corteza y rascó un poco la tierra en la base.

–Maldición –dijo.

Cuando era niño y vivía en esta ciudad, los veranos eran cálidos y los bosques situados al norte y al este se secaban con frecuencia hasta tal punto que la maleza, incapaz de competir con los árboles de hoja caduca en la búsqueda del agua subterránea, se volvía de un quebradizo color castaño. El monte bajo se tornaba tan frágil como la paja y, el verano en el que tenía dieciséis años, el bosque ardió. Un manto de llamas corrió día y noche, bramando con la intensidad de una flota de aviones de hélice. Familias enteras se reunían en la calle, se elaboraban planes de evacuación y se trazaban rutas urbanas bajo el cielo nocturno, el cual, a pesar de los quince kilómetros que nos separaban del fuego, brillaba con luz anaranjada. Mi padre tenía un equipo de radio con el que se comunicaba con las líneas de radio que estaban junto al fuego. Pasaba las noches en vela y prometió que despertaría a los vecinos si cambiaba el viento o, por cualquier otro motivo, el fuego avanzaba hacia la ciudad. Esa noche el viento se mantuvo constante y, por la mañana, habían abierto un cortafuegos tan ancho como una calle. Mi padre me llevó a verlo al día siguiente: era una franja de tierra despejada, tan desnuda como si la hubieran trazado con una maquinilla de afeitar. Habían talado los árboles y habían cortado y retirado los manojos. Nos detuvimos en el extremo de la franja despejada, de espaldas a la ciudad, y contemplamos el fuego. Luego subimos al Plymouth de mi padre y nos acercamos tanto como nos dejaron. Un bombero que estaba cerca de las llamas se había asfixiado, dijo alguien, cuando el cono de fuego giró bruscamente y aspiró todo el oxígeno del aire. Mi padre me explicó que las llamas respiraban oxígeno, como los hombres. Bajamos del coche. El calor nos rizó el vello de los brazos y blanqueó el extremo de nuestras pestañas.

Mi padre era farmacéutico y me había llevado hasta el fuego por pura curiosidad. Le interesaba todo lo científico. Tenía tablas de las mareas y coleccionaba pequeñas cosas de la naturaleza –mariposas diurnas y nocturnas, semillas, flores silvestres– que guardaba en unas cajas con tapa de cristal que apoyaba contra la pared de piedra del sótano. Un verano me mostró las constelaciones del hemisferio norte. Salíamos por la noche y, a medida que avanzaba el verano, me enseñaba a localizar Perseo, el Boyero y Andrómeda; me explicaba que algunas de las estrellas más brillantes iluminan Lira y el Aguila y que las constelaciones avanzan con las estaciones. La Polar permanece fija y por ello es el punto de referencia para la navegación marítima. Me hizo comprender el cielo nocturno y ahora me doy cuenta de que es un conocimiento poco frecuente. Más tarde, cuando di clases de astronomía, mis alumnos pocas veces se interesaban por el silicio o el hierro que pudiera contener el sol pero, cuando hablaba de Cefeo o del Lagarto, permanecían en silencio y prestaban atención a mis palabras. Actualmente, cuando voy a una fiesta, siempre encuentro algún marido dedicado a beber que salga conmigo y tome sorbos de cognac mientras le indico las estrellas y sus nombres.

Ese día, mientras permanecía de pie contemplando el fuego, pensé que las llamas eran tan ruidosas y poderosas como el mar y esa misma noche, cuando estuvimos en casa, salí al jardín y trepé al olmo para ver arder el bosque. Tenía prohibido subir al olmo porque, incluso en aquella época, las ramas inferiores quedaban muy lejos de mi alcance y porque mi padre creía que aquel que tuviera la fortuna de alcanzar las ramas bajas caería sin duda al descender. Sin embargo, yo sabía trepar al árbol. Lo había hecho anteriormente, cuando mis padres estaban afuera. Nunca había llegado a las primeras ramas, pero había aprendido dónde estaban los nudos y asideros a los que, con fuerza y sentido del equilibrio, podía encaramarme con un simple salto. Sin embargo, el salto me asustaba y no había intentado darlo nunca. Para alcanzar las ramas, era necesario hacer acopio de fuerzas y saltar hacia arriba, impulsado únicamente por el apoyo de los pies y manos en las pequeñas grietas de la corteza. Era muy arriesgado. Me costaba tanto imaginarme dando ese salto como verme tirándome de cabeza al mar desde un acantilado. Era un joven aventurero, así como más tarde fui un hombre aventurero, pero todas mis aventuras implicaban un cierto margen de seguridad y de éxito. Eso sigue siendo cierto. He fotografiado en Etiopía a una leona con sus cachorros, me he zambullido en la Gran Barrera entre barracudas y peces escorpión sin que ninguna de esas cosas me asustara. He hecho pocas cosas en la vida que me asustaran.

Esa noche, no obstante, salté a las ramas inferiores del olmo. Mis padres estaban en la casa y fui trepando hasta que me asomé entre las hojas de una delgada rama de la copa y miré a mi alrededor a un mundo que, por dos de sus lados, era completamente rojo y naranja a causa del fuego. Al cabo de un rato bajé y me fui a dormir, pero esa noche el viento cambió. Mi padre nos despertó y nos reunimos en la calle con las restantes familias de nuestra manzana. La gente acarreaba mantas llenas con los tesoros de sus vidas. Una mujer llevaba un abrigo de pieles, aunque el aire resultaba sofocante debido a las cenizas y hacía tanto calor como si fuera por la tarde. Mi padre se subió al capó de un coche y habló. Había oído por la radio que las llamas habían saltado el cortafuegos, que una casa situada en el extremo este de la ciudad estaba ardiendo y que, como todos podíamos ver, el viento era fuerte y soplaba hacia el oeste. Dijo a las familias que acabaran de cargar los coches y partieran lo antes posible. Aunque el fuego estaba todavía al otro lado de la ciudad, dijo, el aire se estaba llenando de humo con tal rapidez que pronto dificultaría la respiración. Bajó del coche y entramos para recoger las cosas juntos. Teníamos un radio RCA en el cuarto de estar y un juego de porcelana suiza en el aparador de mi madre, pero en lugar de cogerlos, mi padre cargó una caja con la *Encyclopaedia Britannica* y subió del sótano las pesadas cajas de cristal que contenían su colección de las especies de mariposas de América del Norte. Lo llevamos todo al Plymouth. Cuando regresamos, mi madre estaba en la entrada.

–Este es mi hogar –declaró.

–Tenemos prisa –dijo mi padre.

–Este es mi hogar, éste es el hogar de mi hijo. No me voy de aquí.

Mi padre permaneció inmóvil en el porche, mirándola.

–Quédate aquí –me ordenó.

Luego cogió a mi madre por el brazo y entraron en la casa. Permanecí en las escaleras y cuando, pasados unos minutos, mi padre salió de nuevo, estaba solo, del mismo modo que, esa misma noche, seguimos solos mientras íbamos en coche hacia el oeste y dormíamos con el resto de nuestrosvecinos en catres de campaña colocados en el gimnasio del colegio de la ciudad vecina. Mi madre se había quedado atrás.

Nada de aquello tuvo consecuencias importantes. Esa noche el viento se calmó y se extinguió el fuego de la casa; al día siguiente una fuerte lluvia cayó sobre el fuego y éste se apagó. Todo el mundo regresó a su hogar; se barrieron las cenizas caídas sobre las casas y las aceras, y se amontonaron en negras pilas en la calle. Hago referencia a ese incidente porque, a mi parecer, pone de manifiesto aquello de lo que siempre he carecido: no he heredado nada de la obstinación moral de mi madre. Todavía, a pesar de mi edad, cuando llego caminando a un cruce con el semáforo en rojo en el que no hay coches a la vista, me veo envuelto en un mar de confusión. Mis decisiones nunca parecen implicar la seguridad que esperé poseer en mis años de madurez. Pero, cuando el señor Pike se acercó a mi puerta, me sentía inflexible y muy enfadado. El olmo era viejo y magnífico: no podíamos dejarlo morir.

Ahora, sin embargo, el árbol estaba a salvo. Lo examiné por la mañana, por la tarde, al anochecer y, con una linterna, por la noche. La corteza estaba limpia. Me fui a dormir.

A la mañana siguiente, el señor Pike estaba de nuevo en mi puerta.

–Buenos días, vecino –dijo–. Han vuelto.

–No puede ser.

–Han vuelto, mire –dijo, y caminó hacia el árbol. Señaló la primera rama.

–Probablemente no puede verlos –dijo–, pero yo sí. Están ahí arriba, hay toda una hilera.

–No es posible.

–Claro que sí. Oiga –dijo–, no quiero ponerme desagradable, pero no me andaré con rodeos.

Esa noche dejó una nota en nuestro buzón. Decía que se había puesto en contacto con las autoridades y que éstas se habían mostrado de acuerdo en ordenar la tala del árbol si no lo hacía yo mismo. Leí la nota en la cocina. Vera había preparado un guiso de pollo al estilo indio antes de irse a los Apalaches y en el mármol había un gran frasco lleno de harina y especias en el cual metía el pollo y lo agitaba. Leí de nuevo la nota del señor Pike. Luego cogí un cuchillo de pesca y una linterna del armario, vacié el frasco de Vera y salí con ambas cosas en dirección al olmo. La calle estaba tranquila. Calculé un poco e hice una incisión en la corteza con el cuchillo. Nada. Sin embargo, sólo tuve que hacer un par de cortes más para dar en el lugar adecuado y, efectivamente, brotaron insectos del árbol. Unos diminutos bichos rojos salieron disparados como locos de la hendidura de la corteza. Puse el dedo y en un instante me invadieron la mano y el brazo. Agité el brazo para sacudírmelos. A continuación abrí el frasco, coloqué el cuchillo de pesca en la boca del pote y, como si fuera un puente apoyé la hoja en el corte del árbol. Subieron en desorden por el cuchillo y empezaron a llenar el frasco con tanta rapidez como si se tratara del chorro de una fuente. Pasados unos minutos, retiré el cuchillo, cerré la tapa y volví a casa.

El señor Pike es mi vecino y eso me hizo sentir ciertos remordimientos. No obstante, lo que tenía planeado no iba a matar a los olmos. Iba a salvarlos. Si los árboles del señor Pike también resultaban infestados de bichos, era muy probable que vivieran y él dejaría de insistir en abatir el mío. Así es el mundo. En la oscura casa, sintiéndome a la vez un criminal y un hombre clemente, y con el corazón latiéndome desacompasadamente por la emoción, subí al piso superior para prepararme. Me puse unos pantalones negros y una camisa del mismo color. Me di unos toques de betún en las mejillas, en el cuello, las muñecas y el dorso de la mano. Me calé una ceñida gorra negra sobre mi cabello blanco. A continuación bajé al piso inferior. Cogí el frasco y la linterna, y salí a la oscura noche. Siempre me han gustado los detalles –por ejemplo, nunca dejo de hacer una pequeña reverencia cuando acabo de bailar con una mujer– pero un atributo que he adquirido con la edad es la capacidad de predecir cuándo voy a hacer alguna tontería. Mientras me deslizaba tranquilamente hacia la sombreada cueva que queda detrás de los rododendros que hay a un lado de nuestro jardín, me detuve a recobrar el aliento y pensé que tal vez sería mejor que volviera y me metiera en la cama. Pero decidí seguir adelante. Mientras permanecía ahí, a la sombra de los oscilantes rododendros, esperando para pasar al jardín posterior de mi vecino, pensé en Aníbal, en Napoleón y en MacArthur. Comprobé que la linterna funcionaba y agité el frasco; éste produjo un tenue rumor, como si estuviera lleno de arroz. Había una luz encendida en el cuarto de estar de los Pike, pero el camino que discurría entre nuestras casas estaba a oscuras. Lo atravesé.

El jardín de los Pike es grande, mayor que el nuestro y el terreno describe dos pendientes sucesivas, de modo que esa noche el césped parecía una bandera arrugada y oscura que se extendiera hasta los tres olmos. Me detuve al borde del camino, donde empezaba el césped, y miré hacia los arbolillos, recortados contra las casas iluminadas que había tras ellos. Qué giros tan extraños pueden llegar a tomar nuestras vidas, pensé. A continuación me puse a cuatro patas y gateé a lo largo de la valla que separa nuestros jardines, en dirección a la parte posterior del césped de los Pike. A lo largo de mi vida no me he arrastrado por el suelo con frecuencia. He hecho espeleología con Vera en las cuevas calizas del sur de Minnesota, pero allí era necesario arrastrarse y, mientras avanzábamos por el estrecho y húmedo canal hacia el corazón de la roca, sentía una extraña agilidad en las rodillas y los codos. La galería era horriblemente estrecha y mi vida dependía de la firmeza de mis miembros. Ahora, en el jardín de los Pike, sentía las rodillas artríticas y doloridas. Avancé a lo largo del camino hacia los jóvenes olmos situados junto a la valla posterior. La hierba estaba húmeda y el agua me empapaba los pantalones. Mientras me apresuraba tanto como podía en atravesar el césped con la jarra llena de insectos en la mano y la linterna en el bolsillo, mi mano se posó sobre el cemento. Me detuve y miré hacia abajo. En la penumbra, vi algo que parecía la escotilla de un submarino. Era redonda, del tamaño de una boca de acceso y tenía una cruz fluorescente. Ah, el señor Pike, no creía que lo hiciera. Dejé el frasco en el suelo y, en la oscuridad, busqué a tientas la manivela; cuando la encontré, me dispuse a darle la vuelta. Desde luego, no esperaba que cediera, pero bajo la presión de mi mano giró una vez, dos veces, y se aflojó como si fuera un tapón de una botella. Tiré de la escotilla y ésta se abrió. Entonces cogí los insectos, tanteé con los pies para encontrar la escalerilla situada en el interior y bajé.

Seguía decidido a depositar los insectos en los árboles pero los actos delictivos tienen algo contagioso. Sabía que estaba haciendo un disparate y que incrementaba el riesgo de ser sorprendido, pero mientras bajaba por la escalerilla hacia el refugio atómico del señor Pike, apenas podía distinguir el miedo del júbilo. Al pie de la escalera encendí la linterna. La habitación era redonda, el techo y el suelo eran de hormigón, y contra la pared había un armario con estantes de metal lleno de latas de comida. En uno de los estantes había un diccionario y algunas revistas. Oh, señor Pike. Pensé en sus arbolillos, en las raíces que se abrían paso firme y ciegamente a través de la tierra. Pensé en sus casas dentro de diez años, cuando las cañerías se agrietaran y los techos empezaran a llenarse de agua. Qué hombre tan desgraciado me pareció entonces, qué pequeño y temeroso.

Permanecí inmóvil pensando en él y al cabo de un momento oí cerrarse una puerta en la casa. Trepé por la escalera y espié bajo la escotilla. En el porche estaban Kurt y el señor Pike. Mientras les miraba, bajaron las escaleras, caminaron un poco y se detuvieron en el césped, cerca de mí. Podía ver parpadear el reloj que el señor Pike llevaba en la muñeca. Bajéla cabeza. Estaban en silencio y me pregunté qué haría el señor Pike si me encontraba en su refugio antiaéreo. Como he dicho, era un hombre robusto, pero no creo que fuera violento. Una tarde vi cómo Kurt cerraba la puerta de su casa de un portazo y bajaba corriendo las escaleras hasta el césped, donde se detuvo y lanzó un objeto –creo que era un cenicero– a la ventana delantera de la casa. Cuando el cristal se hizo añicos, salió corriendo y pronto apareció el señor Pike en las escaleras. No creo que sea un hombre violento porque esa tarde, cuando volvió a entrar en su casa y empezó a barrer los cristales, vi en su actitud algo más que enfado, como si pesara sobre él un destino funesto. Le contemplé a través de la ventana rota de su casa.

No obstante, ¿cómo podría explicarle qué hacía ahí el frasco de insectos enloquecidos que sostenía? Supongo que en ese preciso momento hubiera podido salir corriendo y huir del refugio mientras me daban la espalda. Hubiera podido abandonar el camino y cruzar la calle sin que me reconocieran. Pero, naturalmente, debía tener en cuenta mi corazón. Retrocedí escalerilla abajo. Mientras bajaba y empezaba a pensar en dónde esconder mis insectos, oí hablar al señor Pike. Volví a subir la escalera. Cuando miré bajo la escotilla, vi a ambos de espaldas, señalando el cielo. El señor Pike estaba indicando algo con el dedo y Kurt seguía la explicación. Entonces me di cuenta de que estaba mostrándole las constelaciones, pero que no las conocía y que, a medida que hablaba, se iba inventando los nombres. No bromeaba. El tono de su voz era claro y científico; estaba mintiendo a su hijo sobre sus conocimientos.

–Esas de ahí –dijo–, ésas son la Cola de la Sirena y, hacia el sur, puedes ver los tres picos del Monte Olimpo y, más allá, la espada que, dicen, pertenece al Emperador Celeste.

Miré hacia donde indicaba. Estábamos a finales de verano, era cerca de medianoche y lo que estaba describiendo era en realidad la brillante cola de Cisne y el largo cuello de Pegaso.

Dejó de hablar y, al cabo de un rato, cruzaron de nuevo el césped y entraron en la casa. Se encendió la luz de la cocina y luego se apagó. Salí de mi escondite. Supongo que habría podido seguir con mi expedición, pero el aire estaba en calma, era una noche tranquila y perfecta, y tenía la sensación de que mi plan había sido interrumpido. El frasco que sostenía en la mano me parecía grande y peligroso. Volví arrastrándome por el césped, manteniéndome bajo las sombras de la hiedra y los rododendros que crecían a lo largo de la valla, hasta que me encontré en el camino situado entre ambas casas. En la ventana lateral de la casa de los Pike había una luz encendida. Me detuve en un lugar donde podía ver, a través del cristal, el recibidor y, tras una puerta abierta, el cuarto de estar. El señor Pike y Kurt estaban sentados juntos en un sofá marrón situado en el extremo opuesto de la habitación mirando la televisión. Me acerqué a la ventana y espié por ella. Aunque sabía que era un disparate, que cualquier vecino o cualquiera que estuviera paseando a su perro, al verme vestido de negro me tomaría por un ladrón, me quedé mirando. En el interior de la casa había una luz encendida, a mi alrededor todo estaba oscuro y sabía que podía mirar sin ser visto. El señor Pike tenía una mano sobre el hombro de Kurt. De tanto en tanto, cuando lo que veían en la pantalla les hacía reír, pasaba la mano por la cabeza de Kurt, despeinándole el cabello. Esa visión hizo que me sintiera igual que cuando cruzo el puente sobre el río Mississippi. Cuando volvió a pasar la mano sobre el cabello de Kurt, salí de las sombras y volví a mi propia casa.

Deseaba correr, dar patadas a una pelota o gritar un monólogo en plena noche. Podría haberme subido al capó de un coche y hacer salir en plena noche a los Pike, al chico de los periódicos, a todos los vecinos. Podría haber hablado del laboratorio de un profesor de biología, de las hileras de frascos con diferentes especímenes. ¿Cómo era posible no abrigar alguna esperanza en ese lugar? A las tres semanas, un embrión humano tiene agallas en el cuello, como un pez; a las seis semanas, sus toscos dedostodavía están unidos por membranas propias de un anfibio. Milagros. La naturaleza está llena de milagros. La evolución de quinientos millones de años se remeda en cada gestación: hay pájaros que en el huevo parecen peces; peces que nacen idénticos a sus antecesores laminados e invertebrados. ¡Qué sorprendente es estudiar la vida! Cualquiera que haya visto dividirse una célula podría inventar la religión.

Me senté en las escaleras del porche y contemplé el olmo. Al cabo de un rato, me levanté y entré. Me quité el betún de la cara con trementina y después subí al piso superior. Me metí en la cama. Estuve echado durante una hora o dos sin dormir; tenía calor y rápidos pensamientos cruzaban por mi mente, hasta que me levanté y me acerqué a la ventana del dormitorio. El frasco, que había subido conmigo, estaba en el alféizar y vi que los insectos estaban muertos o dormidos. Entonces abrí la ventana y los eché sobre el césped y, en ese momento, mientras caían en forma de lluvia en plena noche, brillando como una cascada, pensé en decirle a Vera que tuviéramos un hijo. Sabía que no era posible pero, de todos modos, pensé en ello. Frente a la ventana, pensé en Vera, permanentemente joven, vestida con pantalones cortos y botas de montaña, sudando bajo una camisa de franela mientras cogía agua para beber en un arroyo de los Apalaches. ¿Qué teníamos ella y yo? La noche era tranquila y oscura. Sobre mí, la estrella Polar titilaba.

Intenté irme a dormir de nuevo. Me eché en la cama un rato, hasta que desistí y bajé. Comí unas galletas. Bebí dos vasos de bourbon. Me senté frente a la ventana y miré hacia el jardín de enfrente. Luego me levanté, salí y alcé la vista hacia las estrellas, intentando ver en ellas solamente su belleza y su misterio. Pensé en los miles de millones de toneladas de gases de explosión, hidrógeno y helio, gigantes rojas y supernovas. En algunas zonas eran tan densas como nubes. Pensé en el magnesio, el silicio y el hierro. Intenté verlas al margen del orden que cada una de ellas ocupa en su constelación, pero era como intentar mirar una palabra sin leerla, y permanecí ahí en la noche, incapaz de alterar las figuras. Aparecieron algunas nubes y empezaron a cubrir el Auriga y Tauro. Contemplé cómo difundían y refractaban la luz lunar hasta que oí al chico de los periódicos silbando el himno nacional. Cuando llegó a mi altura, yo estaba junto al olmo, todavía con ropa de cama, sin afeitar y un poco bebido.

–Quiero que me hagas un favor –dije.

–¿Qué, señor?

–Soy un hombre viejo y quiero que me hagas un favor. Deja la bicicleta en el suelo –le pedí–. Deja la bicicleta y mira hacia las estrellas.

seguridad y de éxito. Eso sigue siendo cierto. He fotografiado en Etiopía a una leona con sus cachorros, me he zambullido en la Gran Barrera entre barracudas y peces escorpión sin que ninguna de esas cosas me asustara. He hecho pocas cosas en la vida que me asustaran.

Esa noche, no obstante, salté a las ramas inferiores del olmo. Mis padres estaban en la casa y fui trepando hasta que me asomé entre las hojas de una delgada rama de la copa y miré a mi alrededor a un mundo que, por dos de sus lados, era completamente rojo y naranja a causa del fuego. Al cabo de un rato bajé y me fui a dormir, pero esa noche el viento cambió. Mi padre nos despertó y nos reunimos en la calle con las restantes familias de nuestra manzana. La gente acarreaba mantas llenas con los tesoros de sus vidas. Una mujer llevaba un abrigo de pieles, aunque el aire resultaba sofocante debido a las cenizas y hacía tanto calor como si fuera por la tarde. Mi padre se subió al capó de un coche y habló. Había oído por la radio que las llamas habían saltado el cortafuegos, que una casa situada en el extremo este de la ciudad estaba ardiendo y que, como todos podíamos ver, el viento era fuerte y soplaba hacia el oeste. Dijo a las familias que acabaran de cargar los coches y partieran lo antes posible. Aunque el fuego estaba todavía al otro lado de la ciudad, dijo, el aire se estaba llenando de humo con tal rapidez que pronto dificultaría la respiración. Bajó del coche y entramos para recoger las cosas juntos. Teníamos un radio RCA en el cuarto de estar y un juego de porcelana suiza en el aparador de mi madre, pero en lugar de cogerlos, mi padre cargó una caja con la *Encyclopaedia Britannica* y subió del sótano las pesadas cajas de cristal que contenían su colección de las especies de mariposas de América del Norte. Lo llevamos todo al Plymouth. Cuando regresamos, mi madre estaba en la entrada.

–Este es mi hogar –declaró.

–Tenemos prisa –dijo mi padre.

–Este es mi hogar, éste es el hogar de mi hijo. No me voy de aquí.

Mi padre permaneció inmóvil en el porche, mirándola.

–Quédate aquí –me ordenó.

Luego cogió a mi madre por el brazo y entraron en la casa. Permanecí en las escaleras y cuando, pasados unos minutos, mi padre salió de nuevo, estaba solo, del mismo modo que, esa misma noche, seguimos solos mientras íbamos en coche hacia el oeste y dormíamos con el resto de nuestrosvecinos en catres de campaña colocados en el gimnasio del colegio de la ciudad vecina. Mi madre se había quedado atrás.

Nada de aquello tuvo consecuencias importantes. Esa noche el viento se calmó y se extinguió el fuego de la casa; al día siguiente una fuerte lluvia cayó sobre el fuego y éste se apagó. Todo el mundo regresó a su hogar; se barrieron las cenizas caídas sobre las casas y las calles, y se amontonaron en negras pilas en la calle. Hago referencia a ese incidente porque, a mi parecer, pone de manifiesto aquello de lo que siempre he carecido: no he heredado nada de la obstinación moral de mi madre. Todavía, a pesar de mi edad, cuando llego caminando a un cruce con el semáforo en rojo en el que no hay coches a la vista, me veo envuelto en un mar de confusión. Mis decisiones nunca parecen implicar la seguridad que esperé poseer en mis años de madurez. Pero, cuando el señor Pike se acercó a mi puerta, me sentía inflexible y muy enfadado. El olmo era viejo y magnífico: no podíamos dejarlo morir.

Ahora, sin embargo, el árbol estaba a salvo. Lo examiné por la mañana, por la tarde, al anochecer y, con una linterna, por la noche. La corteza estaba limpia. Me fui a dormir.

A la mañana siguiente, el señor Pike estaba de nuevo en mi puerta.

–Buenos días, vecino –dijo–. Han vuelto.

–No puede ser.

–Han vuelto, mire –dijo, y caminó hacia el árbol. Señaló la primera rama.

–Probablemente no puede verlos –dijo–, pero yo sí. Están ahí arriba, hay toda una hilera.

–No es posible.

–Claro que sí. Oiga –dijo–, no quiero ponerme desagradable, pero no me andaré con rodeos.

Esa noche dejó una nota en nuestro buzón. Decía que se había puesto en contacto con las autoridades y que éstas se habían mostrado de acuerdo en ordenar la tala del árbol si no lo hacía yo mismo. Leí la nota en la cocina. Vera había preparado un guiso de pollo al estilo indio antes de irse a los Apalaches y en el mármol había un gran frasco lleno de harina y especias en el cual metía el pollo y lo agitaba. Leí de nuevo la nota del señor Pike. Luego cogí un cuchillo de pesca y una linterna del armario, vacié el frasco de Vera y salí con ambas cosas en dirección al olmo. La calle estaba tranquila. Calculé un poco e hice una incisión en la corteza con el cuchillo. Nada. Sin embargo, sólo tuve que hacer un par de cortes más para dar en el lugar adecuado y, efectivamente, brotaron insectos del árbol. Unos diminutos bichos rojos salieron disparados como locos de la hendidura de la corteza. Puse el dedo y en un instante me invadieron la mano y el brazo. Agité el brazo para sacudírmelos. A continuación abrí el frasco, coloqué el cuchillo de pesca en la boca del pote y, como si fuera un puente apoyé la hoja en el corte del árbol. Subieron en desorden por el cuchillo y empezaron a llenar el frasco con tanta rapidez como si se tratara del chorro de una fuente. Pasados unos minutos, retiré el cuchillo, cerré la tapa y volví a casa.



El señor Pike es mi vecino y eso me hizo sentir ciertos remordimientos. No obstante, lo que tenía planeado no iba a matar a los olmos. Iba a salvarlos. Si los árboles del señor Pike también resultaban infestados de bichos, era muy probable que vivieran y él dejaría de insistir en abatir el mío. Así es el mundo. En la oscura casa, sintiéndome a la vez un criminal y un hombre clemente, y con el corazón latiéndome desacompasadamente por la emoción, subí al piso superior para prepararme. Me puse unos pantalones negros y una camisa del mismo color. Me di unos toques de betún en las mejillas, en el cuello, las muñecas y el dorso de la mano. Me calé una ceñida gorra negra sobre mi cabello blanco. A continuación bajé al piso inferior. Cogí el frasco y la linterna, y salí a la oscura noche. Siempre me han gustado los detalles –por ejemplo, nunca dejo de hacer una pequeña reverencia cuando acabo de bailar con una mujer– pero un atributo que he adquirido con la edad es la capacidad de predecir cuándo voy a hacer alguna tontería. Mientras me deslizaba tranquilamente hacia la sombreada cueva que queda detrás de los rododendros que hay a un lado de nuestro jardín, me detuve a recobrar el aliento y pensé que tal vez sería mejor que volviera y me metiera en la cama. Pero decidí seguir adelante. Mientras permanecía ahí, a la sombra de los oscilantes rododendros, esperando para pasar al jardín posterior de mi vecino, pensé en Aníbal, en Napoleón y en MacArthur. Comprobé que la linterna funcionaba y agité el frasco; éste produjo un tenue rumor, como si estuviera lleno de arroz. Había una luz encendida en el cuarto de estar de los Pike, pero el camino que discurría entre nuestras casas estaba a oscuras. Lo atravesé.

El jardín de los Pike es grande, mayor que el nuestro y el terreno describe dos pendientes sucesivas, de modo que esa noche el césped parecía una bandera arrugada y oscura que se extendiera hasta los tres olmos. Me detuve al borde del camino, donde empezaba el césped, y miré hacia los arbolillos, recortados contra las casas iluminadas que había tras ellos. Qué giros tan extraños pueden llegar a tomar nuestras vidas, pensé. A continuación me puse a cuatro patas y gateé a lo largo de la valla que separa nuestros jardines, en dirección a la parte posterior del césped de los Pike. A lo largo de mi vida no me he arrastrado por el suelo con frecuencia. He hecho espeleología con Vera en las cuevas calizas del sur de Minnesota, pero allí era necesario arrastrarse y, mientras avanzábamos por el estrecho y húmedo canal hacia el corazón de la roca, sentía una extraña agilidad en las rodillas y los codos. La galería era horriblemente estrecha y mi vida dependía de la firmeza de mis miembros. Ahora, en el jardín de los Pike, sentía las rodillas artríticas y doloridas. Avancé a lo largo del camino hacia los jóvenes olmos situados junto a la valla posterior. La hierba estaba húmeda y el agua me empapaba los pantalones. Mientras me apresuraba tanto como podía en atravesar el césped con la jarra llena de insectos en la mano y la linterna en el bolsillo, mi mano se posó sobre el cemento. Me detuve y miré hacia abajo. En la penumbra, vi algo que parecía la escotilla de un submarino. Era redonda, del tamaño de una boca de acceso y tenía una cruz fluorescente. Ah, el señor Pike, no creía que lo hiciera. Dejé el frasco en el suelo y, en la oscuridad, busqué a tientas la manivela; cuando la encontré, me dispuse a darle la vuelta. Desde luego, no esperaba que cediera, pero bajo la presión de mi mano giró una vez, dos veces, y se aflojó como si fuera un tapón de una botella. Tiré de la escotilla y ésta se abrió. Entonces cogí los insectos, tanteé con los pies para encontrar la escalerilla situada en el interior y bajé.

Seguía decidido a depositar los insectos en los árboles pero los actos delictivos tienen algo contagioso. Sabía que estaba haciendo un disparate y que incrementaba el riesgo de ser sorprendido, pero mientras bajaba por la escalerilla hacia el refugio atómico del señor Pike, apenas podía distinguir el miedo del júbilo. Al pie de la escalera encendí la linterna. La habitación era redonda, el techo y el suelo eran de hormigón, y contra la pared había un armario con estantes de metal lleno de latas de comida. En uno de los estantes había un diccionario y algunas revistas. Oh, señor Pike. Pensé en sus arbolillos, en las raíces que se abrían paso firme y ciegamente a través de la tierra. Pensé en sus casas dentro de diez años, cuando las cañerías se agrietaran y los techos empezaran a llenarse de agua. Qué hombre tan desgraciado me pareció entonces, qué pequeño y temeroso.

Permanecí inmóvil pensando en él y al cabo de un momento oí cerrarse una puerta en la casa. Trepé por la escalera y espié bajo la escotilla. En el porche estaban Kurt y el señor Pike. Mientras les miraba, bajaron las escaleras, caminaron un poco y se detuvieron en el césped, cerca de mí. Podía ver parpadear el reloj que el señor Pike llevaba en la muñeca. Bajéla cabeza. Estaban en silencio y me pregunté qué haría el señor Pike si me encontraba en su refugio antiaéreo. Como he dicho, era un hombre robusto, pero no creo que fuera violento. Una tarde vi cómo Kurt cerraba la puerta de su casa de un portazo y bajaba corriendo las escaleras hasta el césped, donde se detuvo y lanzó un objeto –creo que era un cenicero– a la ventana delantera de la casa. Cuando el cristal se hizo añicos, salió corriendo y pronto apareció el señor Pike en las escaleras. No creo que sea un hombre violento porque esa tarde, cuando volvió a entrar en su casa y empezó a barrer los cristales, vi en su actitud algo más que enfado, como si pesara sobre él un destino funesto. Le contemplé a través de la ventana rota de su casa.

No obstante, ¿cómo podría explicarle qué hacía ahí el frasco de insectos enloquecidos que sostenía? Supongo que en ese preciso momento hubiera podido salir corriendo y huir del refugio mientras me daban la espalda. Hubiera podido abandonar el camino y cruzar la calle sin que me reconocieran. Pero, naturalmente, debía tener en cuenta mi corazón. Retrocedí escalerilla abajo. Mientras bajaba y empezaba a pensar en dónde esconder mis insectos, oí hablar al señor Pike. Volví a subir la escalera. Cuando miré bajo la escotilla, vi a ambos de espaldas, señalando el cielo. El señor Pike estaba indicando algo con el dedo y Kurt seguía la explicación. Entonces me di cuenta de que estaba mostrándole las constelaciones, pero que no las conocía y que, a medida que hablaba, se iba inventando los nombres. No bromeaba. El tono de su voz era claro y científico; estaba mintiendo a su hijo sobre sus conocimientos.

–Esas de ahí –dijo–, ésas son la Cola de la Sirena y, hacia el sur, puedes ver los tres picos del Monte Olimpo y, más allá, la espada que, dicen, pertenece al Emperador Celeste.

Miré hacia donde indicaba. Estábamos a finales de verano, era cerca de medianoche y lo que estaba describiendo era en realidad la brillante cola de Cisne y el largo cuello de Pegaso. Dejó de hablar y, al cabo de un rato, cruzaron de nuevo el césped y entraron en la casa. Se encendió la luz de la cocina y luego se apagó. Salí de mi escondite. Supongo que habría podido seguir con mi expedición, pero el aire estaba en calma, era una noche tranquila y perfecta, y tenía la sensación de que mi plan había sido interrumpido. El frasco que sostenía en la mano me parecía grande y peligroso. Volví arrastrándome por el césped, manteniéndome bajo las sombras de la hiedra y los rododendros que crecían a lo largo de la valla, hasta que me encontré en el camino situado entre ambas casas. En la ventana lateral de la casa de los Pike había una luz encendida. Me detuve en un lugar donde podía ver, a través del cristal, el recibidor y, tras una puerta abierta, el cuarto de estar. El señor Pike y Kurt estaban sentados juntos en un sofá marrón situado en el extremo opuesto de la habitación mirando la televisión. Me acerqué a la ventana y espié por ella. Aunque sabía que era un disparate, que cualquier vecino o cualquiera que estuviera paseando a su perro, al verme vestido de negro me tomaría por un ladrón, me quedé mirando. En el interior de la casa había una luz encendida, a mi alrededor todo estaba oscuro y sabía que podía mirar sin ser visto. El señor Pike tenía una mano sobre el hombro de Kurt. De tanto en tanto, cuando lo que veían en la pantalla les hacía reír, pasaba la mano por la cabeza de Kurt, despeinándole el cabello. Esa visión hizo que me sintiera igual que cuando cruzo el puente sobre el río Mississippi. Cuando volvió a pasar la mano sobre el cabello de Kurt, salí de las sombras y volví a mi propia casa.

Deseaba correr, dar patadas a una pelota o gritar un monólogo en plena noche. Podría haberme subido al capó de un coche y hacer salir en plena noche a los Pike, al chico de los periódicos, a todos los vecinos. Podría haber hablado del laboratorio de un profesor de biología, de las hileras de frascos con diferentes especímenes. ¿Cómo era posible no abrigar alguna esperanza en ese lugar? A las tres semanas, un embrión humano tiene agallas en el cuello, como un pez; a las seis semanas, sus toscos dedostodavía están unidos por membranas propias de un anfibio. Milagros. La naturaleza está llena de milagros. La evolución de quinientos millones de años se remeda en cada gestación: hay pájaros que en el huevo parecen peces; peces que nacen idénticos a sus antecesores laminados e invertebrados. ¡Qué sorprendente es estudiar la vida! Cualquiera que haya visto dividirse una célula podría inventar la religión.

Me senté en las escaleras del porche y contemplé el olmo. Al cabo de un rato, me levanté y entré. Me quité el betún de la cara con trementina y después subí al piso superior. Me metí en la cama. Estuve echado durante una hora o dos sin dormir; tenía calor y rápidos pensamientos cruzaban por mi mente, hasta que me levanté y me acerqué a la ventana del dormitorio. El frasco, que había subido conmigo, estaba en el alféizar y vi que los insectos estaban muertos o dormidos. Entonces abrí la ventana y los eché sobre el césped y, en ese momento, mientras caían en forma de lluvia en plena noche, brillando como una cascada, pensé en decirle a Vera que tuviéramos un hijo. Sabía que no era posible pero, de todos modos, pensé en ello. Frente a la ventana, pensé en Vera, permanentemente joven, vestida con pantalones cortos y botas de montaña, sudando bajo una camisa de franela mientras cogía agua para beber en un arroyo de los Apalaches. ¿Qué teníamos ella y yo? La noche era tranquila y oscura. Sobre mí, la estrella Polar titilaba.

Intenté irme a dormir de nuevo. Me eché en la cama un rato, hasta que desistí y bajé. Comí unas galletas. Bebí dos vasos de bourbon. Me senté frente a la ventana y miré hacia el jardín de enfrente. Luego me levanté, salí y alcé la vista hacia las estrellas, intentando ver en ellas solamente su belleza y su misterio. Pensé en los miles de millones de toneladas de gases de explosión, hidrógeno y helio, gigantes rojas y supernovas. En algunas zonas eran tan densas como nubes. Pensé en el magnesio, el silicio y el hierro. Intenté verlas al margen del orden que cada una de ellas ocupa en su constelación, pero era como intentar mirar una palabra sin leerla, y permanecí ahí en la noche, incapaz de alterar las figuras. Aparecieron algunas nubes y empezaron a cubrir el Auriga y Tauro. Contemplé cómo difundían y refractaban la luz lunar hasta que oí al chico de los periódicos silbando el himno nacional. Cuando llegó a mi altura, yo estaba junto al olmo, todavía con ropa de cama, sin afeitar y un poco bebido.

–Quiero que me hagas un favor –dije.

–¿Qué, señor?

–Soy un hombre viejo y quiero que me hagas un favor. Deja la bicicleta en el suelo –le pedí–. Deja la bicicleta y mira hacia las estrellas.



J U E G O S

ortodoxo

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
1		■								■	
2					■		■				
3											
4					■		■				
5			■						■		
6				■				■			
7	■										■
8		■								■	
9					■		■				
10			■						■		
11						■					

HORIZONTALES

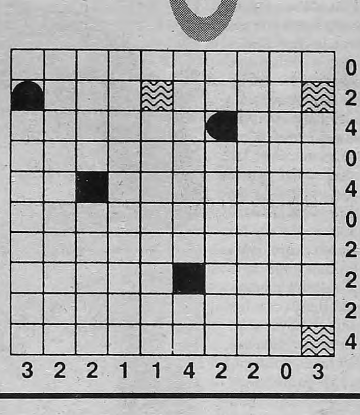
1. Ciudad principal de un Estado o provincia.
2. Palo de la baraja española./ Quebranta la ley de Dios.
3. Recordar ordenada y brevemente lo expresado con extensión.
4. Cariño profundo./ Rabino.
5. Letra griega./ Amontona./ Prefijo negativo.
6. E larga del alfabeto griego./ Autillo, ave rapaz nocturna./ (Santa) Madre de la Virgen.
7. Pomposa, fastuosa.
8. Que no tiene olor (fem.).
9. Plano, liso./ Hermana y mujer de Osiris.
10. Interjección que expresa dolor./ Valúan./ Entrega.
11. Perteneciente a la navegación./ Perseguir animales.

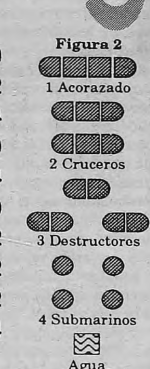
VERTICALES

1. Valor./ Apócope de grande.
2. Envíe./ Encargada de la crianza de un niño.
3. Fruto del cocotero./ Toro sagrado que se adoraba en Menfis.
4. Pondrá al fuego un manjar./ Apunta, escribe.
5. Espacio vacío que hay entre las moléculas de un cuerpo./ Contracción.
6. Que no tienen límite.
7. Planta de flores blanco azuladas en las orillas del Nilo./ Símbolo del actinio.
8. Da prisa./ Líquido que secretan los riñones.
9. Tonta, pasmada./ Mangos.
10. Locutorio telefónico./ Acción de ir.
11. Polvo resultante de moler granos./ Utilizar.

batalla naval

En el tablero hay escondida una flota completa, igual a las que se muestran en la figura 1. Se dan algunos de los cuadros invadidos por la flota, y otros que sólo tienen agua. Además, al pie de cada columna y al costado de cada hilera, se indica cuántos cuadros ocupa la flota en esa columna o hilera. Deduzca la ubicación de la flota. Tenga en cuenta que los barcos en ningún caso se tocan entre sí.





académico

Descubra el verdadero significado de cada palabra. Hay cinco respuestas correctas A, cincos B, y cinco C.

1. **Breña - A:** Riña, pelea. **B:** Tierra llena de malezas. **C:** Leño verde.
2. **Coleto - A:** Vestido de piel ajustado al cuerpo. **B:** Selecto. **C:** El que recauda bienes.
3. **Chasque - A:** Fiasco, engaño. **B:** Estallido de la madera. **C:** Chasqui.
4. **Danta - A:** Pájaro selvático. **B:** Tapir. **C:** Dantesca, espantosa.
5. **Elaterio - A:** Género de cucurbitáceas americanas. **B:** Caballo prehistórico. **C:** Altivez.
6. **Fogaril - A:** Llamarada. **B:** Fragua del herrero. **C:** Fogata que sirve de señal.
7. **Guedeja - A:** Roedor parecido a la comadreja. B. Canto rodado. **C:** Cabellera larga.
8. **Helión - A:** Núcleo del helio. **B:** Instrumento músico de forma circular. **C:** Hélice de helicóptero.
9. **Imaginero - A:** Fantaseoso, soñador. **B:** Escultor de imágenes. **C:** Soldado que hace guardia.
10. **Jacobeo - A:** Jacobino. **B:** Relativo al apóstol Santiago. **C:** Perteneciente al jacobitismo.
11. **Katiusca - A:** Piel de zorro. **B:** Reforma religiosa rusa. **C:** Bota de caucho.
12. **Libela - A:** Moneda de plata romana. **B:** Escrito infamatorio. **C:** Ofrenda en el sacrificio.
13. **Menaje - A:** Mujer disoluta. **B:** Mobiliario de una casa. **C:** Tributo de sumisión .
14. **Nevadilla - A:** Nevada corta. **B:** Escarcha en el campo. **C:** Planta cariofilácea.
15. **Ñorbo - A:** Flor pequeña y fragante. **B:** Apocado, tímido. **C:** Nudo apretado.

CALIFICACION

15 puntos ______________ académico
11 a 14 ______________ maestro
6 a10 ______________ bachiller
5 o menos ______________ alumno

número oculto

El esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
				4	0
9	5	8	1	1	1
2	8	4	3	1	0
4	0	9	2	0	3
1	0	6	7	0	1
7	6	3	5	0	1

Las soluciones correspondientes a estos juegos se publicarán en la edición de mañana.

correspondencias

Señale las relaciones sabiendo que si, por ejemplo, a la opción 1 le corresponde la C, esta relación no se repite en el resto del juego.

Amores y odios

1. Melomanía — A. Odio a la humanidad
2. Misoginia — B. Odio a las mujeres
3. Filantropía — C. Amor a la música
4. Misantropía — D. Amor a la humanidad

¿De qué color es?

1. Solferino — A. Café con leche
2. Marengo — B. Morado rojizo
3. Beige — C. Gris oscuro
4. Granate — D. Rojo oscuro

¿Qué quiere decir?

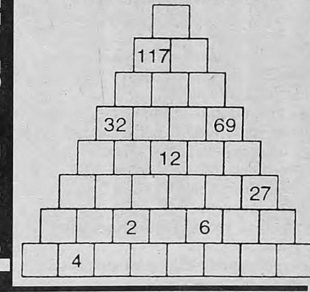
1. Ad referendum — A. Sin fijar día
2. Sine die — B. Aprovecha el día
3. Carpe diem — C. Una cosa por otra
4. Quid pro quo — D. Bajo condición de informar

Flores en el cine

1. "Días de vino y rosas" — A. Jack Lemmon
2. "Los girasoles de Rusia" — B. Bette Midler
3. "El tulipán negro" — C. Alain Delon
4. "La rosa" — D. Marcello Mastroianni

pirámide numérica

Complete la pirámide colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan algunos números ya indicados.



solución

Soluciones de los juegos publicados en la edición del miércoles

batalla naval

académico

1. A. 2. C. 3. A. 4. B. 5. C. 6. B. 7. C. 8. A. 9. B. 10. C. 11. A. 12. B. 13. C. 14. B. 15. A.

número oculto

3901

correspondencia

Las frutas y sus nombres: 1-D; 2-C; 3-B; 4-A. Artes y Ciencias: 1-A; 2-B; 3-C; 4-D. Monstruos del cine: 1-B; 2-A; 3-D; 4-C. Literatura infantil: 1-C; 2-D; 3-A; 4-B

ortodoxo

OBLEA■RAPAR
IRIS■CABALA
RIO■RADARES
AS■GULA■ETA
■AGATA■ODAS
A■ALABADO■E
TALA■AVENA■
AMO■AZAR■LE
CAPITAL■ATO
ALARES■ORAL
SARAO■CLORO

pirámide numérica

423
184 239
83 101 138
40 43 58 80
22 18 25 33 47
15 7 11 14 19 28
12 3 4 7 7 12 16
9 3 0 4 3 4 8 8